



Con la colaboración de
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE193623

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

En el umbral

La frontera es una franja estrecha de territorio cerca del confín entre dos Estados, un área de paso oficialmente delimitada con un sistema defensivo. A lo largo de la historia, especialmente la americana, la frontera también ha llegado a indicar una región escasamente colonizada, en contacto con tierras aún desconocidas y, por lo tanto, pensadas como punto de partida para la expansión colonizadora. De ahí las expresiones “espíritu de frontera” y “nueva frontera”.

Cuando hablamos de la frontera en sentido figurado, no nos desviamos mucho del sentido literal. De hecho, imaginamos una línea divisoria que separa claramente diferentes entornos, situaciones, concepciones y disciplinas. Algunos entienden esa línea como una frontera fija, infranqueable, que se debe defender. Otros lo conciben en cambio como un confín que se puede mover, modificar o cruzar para dar lugar a concepciones más avanzadas. Solo en este último caso nos convertimos verdaderamente en personas “de frontera”, al igual que las mujeres protagonistas de este número. Muchas de ellas cruzan valientemente las fronteras de diferentes ideologías, religiones y culturas en un intento de construir puentes, siempre en busca de diálogo y una unidad perdida. Otras, desafiando los prejuicios y costumbres establecidas, han optado por testificar con hechos concretos el cruce de las fronteras y, permaneciendo en la sombra, viven sin miedo, en contacto directo con la realidad fuera de su zona de confort, imitando la vida de Jesús y de María que nos enseñan a quedarnos en los lugares más incómodos, donde nos sentimos desorientados, a menudo incluso extranjeros.

Los diferentes testimonios de estas mujeres fronterizas se convierten en una oportunidad para una profunda reflexión, ya que nos permiten vislumbrar la disposición espiritual que las une: no la actitud de aquellos que permanecen callados y encerrados en sus hogares, en sus certezas y las defienden, sino más bien el espíritu de alguien que tiene un corazón inquieto, de alguien que, en el umbral, espera ansiosamente una visita, escudriñando el horizonte. Este estar en el umbral también es típico del creyente para quien la línea de confín, la frontera, se convierte en el lugar de paso del misterio donde se siente fuertemente el deseo de encontrar lo que o a quien todavía no se conoce por completo. Entonces podríamos decir que ser mujeres y hombres de frontera es posible para nosotros en la medida en que, permaneciendo en el umbral, nos abrimos al misterio sin perder el centro de nosotros mismos. *Francesca Bugliani Knox*

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GIORGIA SALATIELLO
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA
SILVINA PÉREZ

Esta edición especial en castellano
(traducción de ROCÍO LANCHO)
se distribuye de forma conjunta
con VIDA NUEVA y no se
venderá por separado

www.osservatoreromano.va

“Llevo a mis estudiantes a los

La primera presidenta de los teólogos indios expone la razón de ser de su vocación

DE SHALINI MULACKAL CON FRANCESCA LOZITO

Nací en una familia católica en Kerala perteneciente al rito Siro-Malabar, una de las tres Iglesias rituales en la India. Tercera de diez hijos, cinco chicas y cinco chicos. Uno de mis hermanos es sacerdote en la diócesis de Ujjain. Crecí en una familia unida, junto con mis abuelos paternos. Mi abuelo era un hombre piadoso y orientado a la espiritualidad. Cada noche guiaba la oración en familia. Asistía regularmente a misa y, cuando no podía, recitaba las oraciones de la Eucaristía en casa. Recuerdo que de niña me despertaba temprano y escuchaba a mis abuelos rezar el Rosario.

Mi madre tenía una profunda fe en Dios y una devoción por la Virgen María. Hizo que todos sus hijos crecieran en esta fe. Durante el Adviento y la Cuaresma nos animaba a ir a misa todos los días. Guardaba el ayuno y la abstinencia el miércoles y el sábado más allá del tiempo de Adviento y de Cuaresma. A nosotros nos inculcó valores, especialmente los de la verdad y la honestidad. Fue la educación recibida la que me dio la bondad y la compasión por los pobres y los que sufren. A los 15 años mi objetivo era convertirme en médico para servir a los necesitados y a los que sufren. No tenía ningún deseo de casarme y tener una familia. Pero no quería tampoco entrar en el convento y hacerme monja.

Desde adolescente tenía una cierta idea de lo que era la vida religiosa y consideraba que muchas religiosas no vivían conforme a su vocación. Tuve contacto cercano con algunas religiosas, especialmente durante los estudios preuniversitarios, y su vida y sus valores no me impresionaban para nada.

Puero fue cosa de Dios que eligiera la vida religiosa para tener más oportunidad de servir a los necesitados. Cuando conocí el carisma y la misión de la Congregación

de la Presentación de la Beata Virgen María fundada por el venerable Nano Nagle estuve segura de encontrarme en el lugar adecuado.

Primera presidenta mujer de los teólogos. Soy miembro de la Asociación teológica India (ITA) y he sido la primera mujer presidenta, desde 2014 a 2017. Incluso siendo numerosas las religiosas que han realizado estudios teológicos hasta el doctorado, muchas de ellas no están presentes en la escena pública. Cuando se les confían responsabilidades dentro de su orden, pocas continúan llevando a cabo actividades académicas serias, dar conferencias, clases, escribir artículos de investigación... Entre los miembros del ITA hay algunas religiosas, pero pocas participan regularmente en el encuentro y seminario anual. Por lo tanto, las contribuciones desde la perspectiva femenina o feminista son escasas en nuestro país. Hay muy pocas mujeres laicas que han recibido formación teológica.

Ser feminista. Una feminista es aquella que es consciente de la situación opresiva en la que viven las mujeres y hace algo para cambiarlo. Fue mientras estudiaba mi licenciatura en Teología que me di cuenta del lugar secundario que las mujeres tienen en la sociedad india y las atrocidades cometidas contra niñas y mujeres. La mayoría de los hombres y mujeres en la India tienen valores patriarcales interiorizados y, por lo tanto, han “normalizado” la opresión y la sumisión de las mujeres en la sociedad y también en la Iglesia. A través de mi enseñanza y mis escritos, sigo despertando esta conciencia, especialmente entre aquellos que están estudiando para convertirse en sacerdotes y también entre las religiosas.

Descarga
Ghazipur en
Nueva Delhi (de
la web Youth Ki
Awaaz)



barrios pobres de los Intocables”

Las investigaciones sobre las católicas. Actualmente soy presidenta del Centro de Estudios Dalit (CDS) en Nueva Delhi. El Centro funcionó muy bien hasta la muerte de su fundador y primer director James Massey, hace unos años. Estamos tratando de reanudar las actividades, pero hay muchos obstáculos por delante. Los dalit son lo que una vez se llamaron intocables de la sociedad de castas india y son alrededor de 200 millones. Todavía hoy su situación es trágica. Son discriminados en todos los niveles. Hace unos años, el estudiante de Hyderabad Rohit Vemula, se suicidó y en la nota que dejó dicho que su nacimiento era su destino. Su único error fue que nació dalit. Hubo un tiempo en que los dalits se convirtieron en gran número al cristianismo. Como el cristianismo no cree en el sistema de castas y ofrece respeto y dignidad a todos los seres humanos, era natural que algunos dalit se convirtieran al cristianismo. Sin embargo, debo admitir que ni siquiera los cristianos en India se han liberado por completo de la mentalidad de casta y que en algunos lugares se hace sentir a los dalit que pertenecen a una categoría secundaria.

He hecho investigaciones sobre las mujeres católicas de origen dalit en el distrito de Thiruvallur, en el Tami Nadu. He estudiado sus prácticas religioso-culturales desde la perspectiva del empoderamiento. Junto a las prácticas religiosas católicas, cumplen también rituales culturales como celebrar las primeras menstruaciones de una chica, el primer embarazo, la viudedad, etc. Algunos de estos rituales ayudan a la mujer a tener conciencia positiva del propio cuerpo y contribuyen a dar seguridad de sí. Ya que como dalit son privadas de su dignidad humana, hay un fuerte deseo de adquirir respeto de sí mismas. Y para hacer esto, si la mayor parte de ellas es pobre, celebran rituales gastando mucho dinero que han tenido que pedir como préstamo.

El Centro de Estudios Dalit, bajo la guía del doctor James Massey, emprendió el proyecto de escribir comentarios bíblicos sobre todos los libros de la Biblia, una serie de veinte volúmenes que se ha completado. Yo aporté dos volúmenes (volumen 6 y 20). Esta Dalit Bible Commentary es el primero de su género en India. El objetivo era leer la Biblia desde la perspectiva de la realidad dalit y encontrar formas de empoderarlos. Así, mientras escribía el comentario sobre los tres libros de Ruth, Esther y Judith, me concentré en las mujeres dalit y su situación. Puse énfasis en la acción de las mujeres dalit, ya que se habla de tres mujeres bíblicas que toman la iniciativa de salvar a su gente.

Con los estudiantes en los slum. El Vidyjyoti College of Theology, donde enseño desde 1999, da importancia a la teología contextual. El primer curso de los estudiantes de primer año se llama “Introducción a la teología y análisis sociocultural”. Lo he impartido desde el principio. En él, ofrecemos a nuestros estudiantes programas de contacto directo en Delhi. Hasta ahora no hemos vivido



La India de las personas más pobres, la perspectiva de las mujeres, la apertura a una teología que tenga en primer lugar una mirada sobre el que es olvidado cotidianamente. La vocación de sor Shalini Mulackal, primera mujer en presidir la asociación nacional de las teólogas indias, nace en el confín entre la reflexión y la acción, entre la academia y la vida cotidiana. Y

está toda en la imagen con la que cuenta la experiencia hecha con sus estudiantes de teología, durante la visita a los slum: desde la cima de una colina mirando la pobreza encarnada en la terrible lucha por la comida entre humanos y animales. Esta es la frontera en la que cada día trabaja esta mujer que vive el ser parte de la Iglesia con una atención específica a las minorías de su país.

en barrios marginales, pero he guiado a los estudiantes a barrios marginales en Delhi, especialmente entre las personas que se ganan la vida en el vertedero. Subimos la estructura en forma de colina, que no es otra cosa que un montón de basura. Cuando llegamos a la cima, lo más llamativo es ver animales y humanos peleando y combatiendo por conseguir lo que puedan cuando la nueva carga de basura se vierte de los camiones. Es una visión terrible. El olor que sale de los desechos es insoportable. Sin embargo, se ve a hombres, mujeres e incluso niños que permanecen todo el día en ese lugar para ganarse la vida. También visitamos algunas de sus casas ubicadas al pie de esa colina. No hay palabras para describir la miseria en la que viven. La experiencia deja a los estudiantes una profunda impresión del sufrimiento de los pobres en nuestro país. Y esto se convierte en el punto de referencia para nuestra reflexión teológica. También los llevo a JantarMantar, un lugar en Delhi donde la gente puede ir y protestar contra las diversas ofensas que han sufrido. Los estudiantes interactúan con esas personas, que pueden permanecer allí durante semanas y meses exigiendo sus derechos legítimos al gobierno.

Sor Shalini Mulackal durante una manifestación

“He vivido con los gitanos con el instinto de la mula”

DE CRISTINA SIMONELLI CON LILLI MANDARA

Entré en un campamento gitano con 20 años, un poco por casualidad y un poco por desafío, y me quedé allí 35 años. Quería poner a prueba el Evangelio, en sus fronteras: porque si funciona allí funciona también en el centro, pensé. Cuando se lo dije a mi padre, él me respondió: “Si Dios no existe, vosotros estáis perdidos”: yo nunca me he sentido perdida. La mía ha sido una vida un poco en casa y un poco fuera de lugar, un poco cómoda y un poco desorientada, desde que era una niña de los años setenta, asimétrica, del tercer mundo, resistente y con ese feminismo respirado por lo que consideraba que no tenía que ser autorizada por nadie. Cuando en 1975 la mayoría de edad se redujo a los 18 años, se me abrió un abanico de libertad.

Aún vivo en zona romaní, ya no en un campamento sino en la misma comunidad, en ese lejano que se ha vuelto extremadamente cercano para mí: pasé esos 35 años como un día, como una hora de vigilia en la noche, citando el salmo. En una franja de tierra donde, rehaciendo los mapas, la vida común es posible, promesa de más pacíficos universos de vida y pensamiento. Incluso en las fronteras de la comunidad eclesial quería vivir permanentemente, porque la Iglesia en sí misma es profundidad y frontera, y al estudiar la historia de las mujeres me di cuenta de que algunas figuras femeninas iban de la mano con el Evangelio, como si estuvieran autorizadas. Cuando me pregunté por qué, me respondí que a la mujer le sucede lo que a las minorías, aunque no lo sean: pero es la marginalidad impuesta que las une y transforma la cantidad (somos mayoría) en calidad (nos consideran secundarias). A veces parece que las mujeres, como los romaníes, son objetos que la Iglesia trata y no sujetos eclesiales con plenos derechos. No es así: cambiamos la idea de centro y periferia y veremos que somos sujetos de pleno título.

En 1975 hubo una gran marejada con el Concilio y había mucho trabajo en las parroquias, la relación entre el Norte y el Sur me apasionaba, había estado un año en una comunidad de misioneros, pero ya no era suficiente para mí. Quería ir a África, en los gitanos aún no pensaba. Los veía en la calle y me impresionaban por su distanciamiento y su orgullo, pero nada más.

Sobre mi vida con los romaníes, respondo con un pasaje de Saint Exupéry: “Sin duda que un transeúnte cualquiera podría pensar que mi rosa, la rosa que me pertenece, se os parece. Pero ella sola es más importante que todas vosotras juntas, puesto que es a ella a quien he regado. Puesto que es ella la rosa a quien puse bajo un globo de cristal. Puesto que es ella la rosa a quien abrigué con el biombo. Puesto que es ella la rosa cuyas orugas maté. Puesto que es ella la rosa a quien escuché quejarse, o alabarse, o algunas veces, callarse. Puesto que ella es mi rosa”. Sí, ellos son mi rosa.

Incluso en la teología, dominación masculina tradicional, estoy bien pero me siento un poco fuera de lugar: es un mundo que me permite cruzar diferentes lenguajes, una especie de principio heurístico, una forma de estar en el mundo, para vivir en la ciudad y también en la Iglesia, de acuerdo con el principio de la mula: “La mula (...) parecía renunciar a mantenerse siempre

La teóloga ha compartido 35 años de su vida en un campamento romaní

en el exterior y poner sus patas en el borde; y don Abbondio vio debajo de él, casi perpendicular, un salto o, como él pensó, un precipicio. “Tú también –se dijo a sí y a la bestia– tienes ese maldito vicio de buscar los peligros, cuando hay tanto camino”.

Así como para la teología, cuando entré en el campamento gitano con 20 años no fue una afinidad espontánea sino de una elección. Tampoco fui yo quien eligió un amigo, Sergio. Ya habíamos encontrado una comunidad sinti en Toscana, había conocido una familia y había apadrinado una niña y se había convertido para ellos en un compadre, casi un pariente.

Comenzó con una invitación de Giuseppina, la madre de la niña: “Venid aquí, hay sitio”. Y entonces fuimos catapultados a



Florentina de nacimiento y veronesa de adopción, Cristina Simonelli empezó a estudiar teología dentro de una experiencia de compartir: desde 1976 hasta 2012 ha vivido de hecho en contextos gitanos, primero en Toscana, después en Verona, entrando a formar parte del Gruppo Ecclesiale veronés para los sinti y los romaníes, comunidad de vida además de realidad pastoral. Por esta razón, estuvo presente en la red que ha apoyado este tipo de cuidado pastoral de la Iglesia italiana. En 1993 realizó el Bachillerato en Teología en Verona, afiliado en ese momento con la Lateranense (PUL), en 1995, la Licencia en Antropología teológica en el entonces Estudio Teológico Florentino (agregado en ese momento al Gregoriana-PUG), y el Doctorado en Teología y ciencias patrísticas en el Augustinianum (Roma). Actualmente es profesora de Historia de la Iglesia y Teología Patrística en Verona (Estudio Teológico San Zeno, Instituto Superior de Ciencias Religiosas San Pedro Mártir) y en la Facultad de Teología del Norte de Italia (Milán). Atenta a la cuestión femenina y la perspectiva de género, desde su fundación se ha asociado con la Coordinación de las teólogas italianas, de la cual ahora es presidenta.

ese mundo, como si fuera el amanecer del primer día del mundo. Tienes que aprender todo. Vivir en una caravana y moverte de puntillas. Orar en su santuario y ellos en tu Iglesia; para mantener las miradas de las maestras que te cubren con el mismo velo de desconfianza que aquellas familias que no quieren ser “normales”.

Me ha ayudado mucho ser algo despistada y vivir siempre fuera de lugar. Al principio es como un viaje al extranjero, te mueves con los oídos y ojos bien abiertos, tienes que aprender las formas de hablar, la cortesía sigue otros cánones. Al final es como esa expresión utilizada en el matrimonio: “Prometo amarte y honrarte toda mi vida”. Honrarlos no es poca cosa, a veces fue un sacrificio; y no se da por hecho que funcione perfectamente.

Una compañera veronesa dijo que ella, de tradición intelectual, durante años no había cogido un libro, porque habría sido como ponerse en otro nivel, en comparación con ellos. Ninguno de nosotros leía nada. Cuando finalmente comenzamos a leer y yo a estudiar, nuestra vida se volvió más apropiada, más cómoda, más libre.

Pisé estas tierras, habité estos mundos, para comprenderlos. Y compartí la vida, nacimientos, matrimonios, dificultades, prejuicios. Son los romaníes, pero sobre todo las mujeres, las *romnia*, las principales víctimas de la discriminación. Con ellos y para ellos cruzas otra frontera que es la del racismo. Porque las brujas murieron, el antisemitismo murió, pero se quedaron las gitanas secuestradoras para nutrir las histerias que la sociedad necesita y de las que la alteridad, interpretada como amenazadora, ha sido siempre buena proveedora.

La intolerancia y el racismo no han desaparecido, y también involucran a las iglesias. En la segunda mitad del siglo XX, período del Concilio, nació una forma de compartir la realidad romaní basada en su estima, las pequeñas comunidades eclesiales lo vivieron y han desarrollado una ministerialidad amplia e inclusiva. Las pequeñas comunidades –de hombres y mujeres, de laicos y sacerdotes, de monjas y frailes–, tienen muchos lazos: con la Conferencia episcopal italiana y con las realidades eclesiales europeas y mundiales; ¡sin fronteras!

Actualmente, la existencia de asociaciones romaníes, a nivel cultural y político, está abriendo nuevos escenarios.

Los unos frente a los otros, aprendemos quiénes somos: y en esos años de vida en los campamentos de romaníes pudimos vernos en el espejo. Esta idea del espejo también se puede utilizar para la relación “Iglesias/Romaníes”: no se trata solo de describirlo desde el punto de vista pastoral, sino de preguntarse qué desafíos y qué imágenes de la Iglesia emergen de él. En 1965 en Pomezia, Pablo VI dijo a los peregrinos: “Vosotros no estáis a los márgenes de la Iglesia, pero en ciertos aspectos, estáis en el centro, estáis en el corazón”. Fue el primer discurso oficial de un Papa en no contener un decreto de expulsión de los Estados Pontificios. Sin embargo, con su “pero en algunos aspectos”, demostró que el desafío estaba en curso, no resuelto, y desafortunadamente sigue siendo así.

Giuseppina, antes de morir, me regaló un mantón de lana que conservo. Un pequeño gesto de gran significado. Ese mantón que Giuseppina llevaba me ha hecho pensar en el mantón que Antonio, ermitaño del desierto, recibió y a su vez dejó en herencia.



Magdalena penitente, de José de Ribera

María Magdalena, un verdadero mandato

La mujer encarna el tipo ideal de discípulo

El 22 de julio de 2016, por deseo del Papa Francisco, la Iglesia celebra, no ya la memoria, sino la fiesta litúrgica de santa María Magdalena. A ella está dedicado el último libro de la historiadora y teóloga Adriana Valerio “María Magdalena - Equívocos, historias, representaciones” (El Molino). Publicamos un pasaje.

DE ADRIANA VALERIO

Los recuerdos de los discípulos y, entre ellos, de las mujeres que siguen a Jesús se han unido, con diferentes resultados según quién los transmitió y las situaciones específicas de los grupos de referencia, en las diferentes ediciones escritas que dieron origen a los evangelios. Las historias de la Pasión, muy diferentes entre sí, se refieren a una doble experiencia, el descubrimiento de la tumba vacía y las apariciones posteriores a la Pascua, pero no siempre convergen en el rol y las emociones que juegan y sienten los personajes individuales. Sin embargo, en todas las narraciones pascuales, las mujeres son presentadas como los primeros testigos de la tumba vacía (...).

Magdalena, a la cabeza del grupo de mujeres, es descrita con diferentes actitudes. En Marcos, huye asustada – junto con María, la madre de Santiago, y Salomé – ante las “apariciones de ángeles” que dan fe de la resurrección y guarda silencio sobre lo que sucedió (16,1-8); en Mateo, junto con “la otra María”, reconoce al Resucitado y corre para dar el anuncio a los otros discípulos (28,1-8); en Lucas su testimonio no se considera fiable (24,1-12). Juan, el que más, le presta especial atención y la coloca en el centro de la

fe en el Resucitado (...). El cuarto evangelista, al decir que “María estaba afuera, delante del sepulcro y lloraba” (20, 11), enfatiza cómo ella se queda sola llorando delante de la tumba vacía (...). Solo sintiéndose llamada por su nombre – “¡María!” – sabe reconocer la voz del Maestro, que apareció en el jardín bajo la apariencia de un jardinero (...).

Jesús le dice: “No me retengas, porque todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: ‘Subo a mi Padre, vuestro Padre; a mi Dios, vuestro Dios’”. María Magdalena fue enseguida a anunciar a los discípulos: “He visto al Señor” y también lo que la había dicho (Juan 20, 16-18). Esta narración es una referencia simbólica poderosa a esa búsqueda del amado, perdido, encontrado y retenido, celebrado en el Cantar de los Cantares (3,1-4) y que es el trasfondo de este encuentro dramático y apasionado (...). María encarna aquí el tipo ideal de discípulo que ve, reconoce, testifica y anuncia. El Resucitado, de hecho, se le aparece personalmente a ella y la envía como testigo del Viviente a la comunidad de discípulos que ahora se han convertido en sus “hermanos”. Nos encontramos en presencia de un verdadero mandato apostólico.

La hija musulmana de Francisco

Seguidora de Mahoma, es experta en Cristología coránica

DE SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH CON FEDERICA RE DAVID

Tuve que cruzar una frontera difícil dentro de mi alma cuando, como musulmana convencida, conocí la espiritualidad cristiana. A nivel académico ya lo había hecho, había entendido las reglas dogmáticas de otra religión, el significado de las palabras, pero esta vez la vida me pedía que cruzara un límite más profundo, algo que penetraba dentro de mi alma, casi dentro de las células. Había llegado hacía poco a Calabria desde Irán, a finales de la década de 1980, y conocí a los Focolares, a través de Rita Calabrò, la voluntaria que me enseñaba italiano. Se acercaron a mí de manera respetuosa, con ellos se me presentó una religión vivida, amada. Amaban a Cristo, lo ponían en práctica y me amaban. No solo eso: no entraron en conflicto, respetaron mi religión, fui libre de contar mi espiritualidad íntima, mis maestros, mi liturgia; comprendían. En ellos vi una espiritualidad auténtica, la luz del amor de Dios y me hice preguntas. Era una condición nueva: en mi juventud había elegido abrazar la religiosidad islámica con plena convicción, había tomado una decisión consciente, libre y amorosa; pero ahora frente a mí veía el valor de otra espiritualidad. Pasé mucho tiempo preguntándome: enamorada como estaba de la luz de la espiritualidad islámica, me encontraba frente al valor de otra espiritualidad, la cristiana.

No lo sabía, pero para entonces la frontera ya se había cruzado con el nacimiento de una nueva luz dentro de mí, una fuerza mística en mi alma. No fue una conversión, simplemente mis espacios interiores se han ampliado y los brazos del alma se han abierto aún más para dar la bienvenida a la vida con la V mayúscula. Creo que al final este es el plan de Dios para nosotros: el Corán dice que el espíritu que vive en nosotros, el Ruh, es soplado dentro de nosotros por Dios, tiene la misma esencia que su espíritu. Creo que este don de la vida me ha hecho redescubrir mi ser profun-

do, reconocer el espíritu de Dios dentro de mí, sin barreras. Me alimenté de la Palabra de Dios que también se manifestaba en la Palabra de Jesús, que el Corán mismo reconoce y aprecia. Pasé momentos de inquietud espiritual, no lo oculto, pero después comprendí mi religiosidad de una manera más profunda y espiritual, el sentido más auténtico del monoteísmo: Dios es siempre uno y es el Dios de los musulmanes, judíos, cristianos, de no creyentes, de los otros creyentes... Así superé el obstáculo y llegué a comprender el significado más profundo del monoteísmo dentro de mi corazón. Uno de los frutos de ese encuentro fue la colaboración durante muchos años con Chiara Lubich, que traducía la vida espiritual a un lenguaje vivido, concreto, para dar vida a la Palabra. Mientras ella cada mes, a partir de un versículo del Evangelio, presentaba la palabra para vivir, enviada a millones de personas en el mundo, yo hacía la misma meditación con los versos del Corán, en una página, cada mes, y ellos la traducían a 5 idiomas enviándolo al mundo. Una comunión de alma, de sagrado vivido, una unidad en la diversidad entre cristianismo e islam. Ya había atravesado otros confines, también difíciles, pero exteriores o racionales. El primero con 15 años. Después de la revolución de 1979, en Irán las escuelas habían sido cerradas y yo, en casa, había empezado a interesarme por la religión. Mis padres eran universitarios, mi madre profesora de psicopedagogía y directora de su departamento, mi padre ingeniero geólogo; crecí entre libros en un ambiente abierto y tolerante, no religioso pero rico de valores humanos. En esos días tuve una experiencia espiritual personal, que hizo nacer en mí un profundo deseo hacia lo

sagrado, hacia el misterio de Dios. Pensé que esa bellísima luz que había sentido dentro, quizá habría podido encontrarla en otro ambiente religioso, de estudios espirituales y pedí a mis padres que me dejaran ir al instituto femenino de la ciudad santa de Qom. No fue fácil para ellos aceptar esta elección tan diferente de los proyectos que tenían para mí, les hice sufrir un poco y todavía les agradezco su comprensión.

Había crecido en el lujo, en el bienestar moral y material, me encontré durmiendo en habitaciones pequeñas sin camas, siendo 4, 5, a veces 8; comía comida sencilla, sentada en el suelo, compartiendo todo con un centenar de chicas, de las cuales ni el 1 por ciento provenía de mi mismo estatus social. Sin embargo, estaba feliz, no notaba los obstáculos, me puse el velo y dividí mi vida entre estudio y oración, las 24 horas del día, durante 7 años. Era buena, ayudaba a mis compañeras. No dormía más de 5 horas por noche, y rezaba 5 horas todos los días.



Shahrzad
Houshmand Zadeh
(foto Stefania
Casellato)

Luego el estudio civil, en la Universidad Estatal de Teherán: Religiones y misticismo, parecía un curso hecho especialmente para mí. Tenía 21 años cuando obtuve el doctorado, era la más joven.

Como estudiante, me casé y, en septiembre de 1988, seguí el plan de Dios para mí, en Italia; impulsada por mi sensibilidad hacia la religión, me inscribí en la Universidad Pontificia del Sur de Italia, en Reggio Calabria. Entré en un lugar que ningún musulmán había pisado antes. El director, Monseñor Vincenzo Zoccali, me hizo dar una vuelta por las clases. Llevaba el velo, el hijab y todos me mostraron respeto y acogida: miraban con gran asombro y curiosidad a esta chica que venía de otro mundo, de otra cultura, de otra religión y que quería estudiar la suya. Todavía no había sucedido el 11 de septiembre.

Al principio fue difícil, tuve enormes dificultades con la terminología religiosa, pero no era solo una cuestión de idioma: era un mundo muy lejano de mi estructura oriental y musulmana. Cuando monseñor Zoccali, que enseñaba Misterio trinitario, dibujaba en la pizarra ese triángulo, era muy difícil para mí pensar en derribar el muro del monoteísmo que había estudiado durante largos años. ¿Un monoteísmo trino? Inconcebible en mi lógica mental. Así

como el misterio eucarístico. Cada término representaba un obstáculo, no solo lingüístico, sino cultural, religioso, racional. Me parecía absurdo: ¿cómo podrían estos estudiosos meternos en la cabeza que uno es igual a tres? Me preguntaba qué sentido tiene un Dios que es tres ¿Qué sentido tiene un Dios que se hace sangre y ofrece su sangre a todos? No conseguía cruzar esa frontera. Había decidido irme, pero una compañera mucho mayor que yo, Candida Lasco, cardióloga en el hospital de Melito Porto Salvo, me tomó de la mano y me explicó cada palabra, acompañándome paso a paso a través de la frontera del estudio racional de la religión.

Después, el encuentro esclarecedor con los Focolares, la licenciatura con matrícula de honor, el traslado a Roma y el deseo de superar otra barrera: en 1997 solicité inscribirme en la Universidad Pontificia Lateranense. Allí se formaban los nuevos sacerdotes, los profesores de la religión católica, nunca había habido un estudiante musulmán: tuvieron que reunir al Consejo para admitirme. Pero lo logré: licenciada en Teología Fundamental Cristiana con 10 y matrícula de honor, con una tesis titulada Cristología coránica. Ya no veo fronteras, donde hay belleza no hay muros. En el Corán las tinieblas son en plural, pero la luz siempre está en singular, solo una. Siento una fuerte armonía espiritual con el papa Francisco. Cuando lo conocí, me vinieron del alma estas palabras: “Soy su hija musulmana”.

A mis tres hijos no les he impuesto nada, pero he tratado de ser un testimonio sincero. Yo he tenido que luchar mucho por mis hijos, la vida me ha mostrado también sus lados más oscuros y terroríficos. El Maestro de universo guía, ama, acoge y enseña a acoger y engrandecer el alma.

¡La última palabra que me acompaña dentro es gracias! Shukr.

Shahrzad Houshmand Zadeh, es teóloga musulmana, nacida en Teherán y vive en Roma. Profesora de Estudios Islámicos en la Universidad Pontificia Gregoriana, profesora invitada de Estudios Islámicos en la Facultad Pontificia Teológica Marianum; lectora de Lengua y literatura persiana en la Sapienza. Es vicepresidenta de la Consulta femenina del Pontificio Consejo de la Cultura y miembro del

Consejo relaciones con el Islam italiano del ministerio de Interior. Es consultora científica del Centro diálogo interreligioso de los Focolares y miembro del Comité directivo del Centro interconfesional por la paz, copresidenta de la Organización religiones para la paz de Italia, presidenta de la asociación Mujeres por la dignidad, copresidenta de la asociación Karol Wojtila. Después de los estudios en el

Centro secular y tradicional del Islam chiita en la Ciudad Santa de Qom, se especializó en Teología Islámica en la Universidad de Teherán, después licenciada en Ciencias religiosas en la Universidad Pontificia de Italia del Sur. En 1999 Licenciatura en Teología fundamental Cristiana en la Universidad Pontificia Lateranense. Está en el Comité de Dirección de Mujeres Iglesia Mundo, y es madre de tres hijos.

Feminismo e identidad católica

DE ROMILDA FERRAUTO

Feminismo y catolicismo no siempre han estado de acuerdo. No hay que sorprenderse si un título académico sobre este argumento suscite interés; más aún si está organizado por una institución católica de alto nivel.

“Mujeres en la vida pública: feminismo e identidad católica en el siglo XXI”, es el tema de un diploma internacional en Doctrina Social de la Iglesia, organizado por la Academia Latinoamericana de líderes católicos. El objetivo es claro: reflexionar sobre un nuevo feminismo que tiene una identidad cristiana irrefutable. Es un argumento que se divide incluso sin ser nuevo. En Mulieris dignitatem, Juan Pablo II ya había deseado un feminismo cristiano capaz de resistir la tentación de imitar modelos masculinos y, por el contrario, expresar el auténtico genio femenino.

Del 11 al 25 de julio, personalidades de renombre hablarán sobre ello en una perspectiva evangélica, tratando de discernir los aspectos de los diferentes feminismos e identificar los riesgos de la manipulación ideológica. Un hecho que no debe subestimarse: la sesión inaugural fue encomendada a un responsable de la Curia romana, el padre Alexandre Awi Mello, secretario del Dicasterio de Laicos, Familia y Vida. Es la demostración de hasta qué punto la condición y las expectativas de las mujeres, el reconocimiento necesario de su compromiso y sus habilidades, así como las injusticias y abusos de las que son víctimas interpelen hoy a la Iglesia católica.

Primera capellana militar

Nacida en Irak y esposa de un sacerdote caldeo, vive su misión como un puente

DE LUSIA SHAMMAS CON MARIE CIONZYNSKA

Nací en una Iglesia martirizada por la persecución y las guerras, y mi madre, la Iglesia, me enseñó a no odiar, incluso si tenía razones para hacerlo, a aceptar llevar la cruz hasta el final. La Iglesia me ha ayudado a perseverar en la fe. ¿Cuántas veces hemos tenido los iraquíes que reconstruir nuestras iglesias y nuestras vidas sin perder nuestra alegría?

Nací en un pueblo de montaña en la frontera entre Irak y Turquía, por lo que se puede decir que caminé inmediatamente en la frontera: entre dos fronteras, dos países, luego dos condiciones. Nunca paré: hoy vivo en Suiza y soy la primera mujer católica capellán militar. Y soy la esposa de un sacerdote caldeo.

Con mi familia en Irak nos mudamos a menudo, nos hemos mudado continuamente y siempre hemos empezado de cero, como muchos otros cristianos allí. Las guerras sucesivas han roto nuestra historia y nosotros hemos tenido que reconducir continuamente para reunificar, o mejor

percibir, nuestras raíces y nuestras fuentes de vida, para no olvidar de dónde venimos. Yo era una joven rebelde, la octava en una familia de cinco chicos y cinco chicas. Tenía fama de hacer justicia por mí misma, de defender a los más débiles. Un día, con solo 10 años, quería ir a jugar con mis amigas, pero mi padre dijo que no. Entonces mi madre gritó: “Déjala ir, no tengo miedo por Lusia, ni siquiera si va en medio de una tropa armada”.

Los psiquiatras os dirán que una frase puede cambiar todo en una vida. Y así fue. Esas palabras de mi madre han tenido un fuerte impacto en mis decisiones. Mi madre me decía también: “Lo esencial en la vida es la fe, todo el resto es efímero”.

A los 15 años, por primera vez, vi unas monjas y su vida me atrajo. Uno de los motivos de mi vocación religiosa fue que la Iglesia daba espacio a las mujeres, a las mujeres fuertes. En países como Irak, las religiosas desempeñan un rol importante en la sociedad, entre los pobres, entre los que sufren, para ofrecerles un apoyo material y testimoniar la gracia de Dios.

En la época de mi postulado, en Mosul, mi mejor amiga era una chica musulmana que llevaba el velo, se llamaba Amal, era una poetisa y era inteligente. Un día alguien me tiró piedras por la calle porque llevaba una cruz y Amal me defendió.

Era consciente que la injusticia social y cultural me había seguido al convento: ¿por qué mis hermanos no planchaban sus camisas si nosotras las hermanas estudiábamos? ¿Por qué las religiosas cocinaban para los sacerdotes, y nunca al contrario?

Cuando fui a Suiza para obtener el diploma y la licenciatura, comencé a ir y venir a Irak y participé en proyectos para apoyar a la población iraquí. Sentí crecer “la vocación del puente”: quería crear un puente entre Irak y Suiza, Oriente y Occidente, entre dos Iglesias. Me tomé dos años, del 2006 al 2008, para discernir, con mi padre espiritual. Al final del primer

año comprendí que dejaría la vida comunitaria, pero no la vida de fe. Un amigo me dijo: “¡así te reduces al estado laical!”. Esas palabras me entristecieron pero no me desanimaron, porque sentía fuerte la primera vocación, aquella por la cual Dios me había formado desde la infancia: crear puentes y unir a las personas. Este camino de fe lleno de desafíos me condujo hacia aquel que después se convirtió en mi marido, un teólogo apasionado de Dios como yo. Mi esposo, ordenado sacerdote caldeo, se ha convertido en bi-ritual y es parte de esas pocas personas que celebran al mismo tiempo en la Iglesia de oriental y en la latina. Trato de cruzar las fronteras a través de la asociación humanitaria que creé en Suiza en 2004, Basmat-al-Qarib, Le Sourire du Prochain, la sonrisa del prójimo, que apoya a la población iraquí.

Mi vocación de ser un puente, vivida con inquietud, me ha puesto delante de otro desafío: ¿convertirme en la primera mujer católica capellana del ejército suizo! Nunca me había interesado el ejército, pero cuando recibí la propuesta me dije que podría ser una ocasión para agradecer a Suiza. La especificidad del ejército suizo de ser un promotor de la paz en el extranjero fue una revelación para mí que siempre tuve miedo cuando me encontraba con militares en Irak. En realidad, Suiza no solo es neutral sino que contribuye a los acuerdos de paz. Hoy, como capellana militar, comparto mi experiencia de fe e integración con los jóvenes. Durante mi recorrido me di cuenta de que tenía que cambiar de piel como lo hace la serpiente. El dolor del cambio es necesario para no morir de nostalgia. Comprendí que lo que importa son nuestras fuentes de vida, nuestras culturas y nuestra identidad: irrigadas, nuestras raíces siempre se pueden plantar... en otros lugares. He dejado de buscar “una tierra y un país”. Mi país se ha convertido en una relación, un corazón, y esto me ha salvado.



Lusia Shammas es capellana militar del ejército suizo desde 2017. De origen iraquí, es ciudadana suiza naturalizada. Llegó a Friburgo en 1996 para estudiar Ciencias Bíblicas, su lengua materna es el arameo, pero hoy habla perfectamente inglés, francés, alemán, árabe, italiano y entiende el kurdo. Ha creado la asociación humanitaria Le Sourire du Prochain. Está casada con el teólogo Naseem Asmaroo, sacerdote de la Iglesia católica caldea. Ambos están comprometidos para favorecer el diálogo cultural y ecuménico

Amazonía, mujeres que reinterpretan las fronteras



DE MÁRCIA MARIA DE OLIVEIRA. Red Eclesial Panamazónica-REPAM, Universidad Federal de Roraima - Ufr

El 19 de julio de 2009, el escritor Eduardo Galeano, uno de los pensadores contemporáneos más importantes de América Latina, fue premiado por la Orden de Mayo de la República Argentina. Como agradecimiento por el premio recibido, el escritor compuso un hermoso poema titulado “Los mapas del alma no tienen fronteras”, en el que presentaba los múltiples significados del término “frontera” que subrayan diferentes concepciones. Cuando hablamos de “ir más allá”, de “expansión”, de “pionero”, no estamos indicando necesariamente la “línea fronteriza” o los “límites” entre países, dentro de las “franjas fronterizas”.

Si reflexionamos sobre algunos aspectos de la experiencia del Sínodo Especial para la Amazonía, podemos decir que el proceso sinodal fue una oportunidad para confirmar que realmente “los mapas del alma no tienen fronteras”. Y que las fronteras que separan, dividen, humillan, violan y matan, pierden su significado cuando reconocemos que vivimos en la misma “casa común”.

El proceso sinodal que, claramente, pasó por las manos, la razón y el corazón de las mujeres, fue una ocasión de acercamiento, diálogo, encuentro y celebración para toda la Iglesia de los nueve países que conforman la Amazonía Panamericana, con una nota común que reafirmó la lucha en defensa de la Amazonía y sus pueblos.

A la luz de la encíclica *Laudato si'* se reiteró que “todo está interconectado en esta casa común”, desde la evangelización de los pueblos hasta las posibilidades de una ecología integral y las lecciones de convivencia y cuidado de la creación que los pueblos indígenas imparten a todo el

planeta. En particular, las mujeres, verdaderas custodias del bosque, las aguas y los territorios, enseñan cómo cuidar, con amor y responsabilidad, de esta gran casa común que no conoce fronteras, sino solo el horizonte que alcanza la mirada.

El proceso sinodal ha mostrado una “Iglesia con rostro amazónico”, capaz de celebrar y vivir la Palabra de Dios, con una espiritualidad propia, con su devoción y religiosidad; ha reconocido la identidad y el clamor del pueblo de Dios en la Amazonía Panamericana, en particular de los pueblos indígenas; ha ayudado a revelar al mundo la riqueza de la biodiversidad del territorio y a conocer mejor su bioma para defender la región con sus bosques, sus aguas y sus pueblos distinguidos por la diversidad sociocultural, política, económica y religiosa.

La intensa participación de las mujeres en todo el proceso sinodal solo confirma esta característica reconocida tanto en el Documento final de la Asamblea sinodal (2019) como en la Exhortación post-sinodal *Querida Amazonia* del Papa Francisco (2020), es decir que en esta región hay “una Iglesia con cara de mujer”.

La Asamblea sinodal ha reconocido el protagonismo de las mujeres en las comunidades, en las pastorales, en los movimientos sociales y en el conjunto de la misión de la Iglesia en la Panamazonía. Del mismo modo, reconoce que su participación y su representatividad en el mundo de la política, en los movimientos sociales, en las organizaciones de mujeres negras, quilombolas, indígenas, campesinas y migrantes transfronterizas, son innegables.

No obstante, los países de la Panamazonía tienen en común un contexto caracte-

rizado por la violencia contra las mujeres, con una alta tasa de feminicidio. Es una violencia histórica que comenzó en la región con los procesos de colonización y que debe ser abordada seriamente por la Iglesia, los estados nacionales y toda la sociedad.

Sin embargo, incluso en situaciones de violencia, es innegable el papel de las mujeres en la lucha para superar cualquier forma de opresión, machismo, misoginia y discriminación, un legado de patriarcado que perdura incluso en las fronteras de la Iglesia.

En la Asamblea sinodal, los participantes se comprometieron a “identificar el tipo de ministerio oficial que puede conferirse a las mujeres, teniendo en cuenta el papel central que desempeñan hoy en la Iglesia amazónica”. Basada en la experiencia de la Iglesia primitiva, “cuando respondía a sus necesidades creando ministerios apropiados”, la Iglesia en la Panamazonía reconoce “la presencia y el tiempo de las mujeres”, destacando sus carismas, talentos y espacio que históricamente ocupan en la sociedad. Por lo tanto, admite que su voz sea escuchada, que sean consultadas y participen en las decisiones y ministerios pastorales y eclesiales.

Finalmente, la Asamblea sinodal enfatizó que “la sabiduría de los pueblos ancestrales afirma que la madre tierra tiene un rostro femenino”, fundamento de una eco-teología feminista que reconoce que la acción de las mujeres es fundamental para la formación y continuidad de las culturas, la espiritualidad, de los cambios que transforman las estructuras injustas en una sociedad fraterna y solidaria, sin fronteras que separan y limitan.

Misionera en la ciudad marxista

Madeleine Delbrêl evangelizó en los suburbios de París

DE RITANNA ARMENI

La frontera de Madeleine Delbrêl estaba en Ivry-sur-Seine. Para llegar allí, se toma la línea siete del metro parisino; dejando atrás la grandeur de los edificios y bulevares haussmanianos, el lujo de los escaparates relucientes y los cafés llenos de gente y ruidosos para llegar a una de las ciudades satélite que una vez rodeaban la capital y que hoy son parte de su periferia: edificios populares, edificios bajos, algunos ejemplos de arquitectura moderna, la Marie, espacios sin cultivar y jardines bien cuidados, rostros que vienen de lejos, mercados étnicos.

Ivry-sur-Seine era llamada la ciudad de las 300 fábricas y fue hasta los años setenta un crisol de tensiones, reivindicaciones salariales, luchas obreras, enfrentamientos sociales e ideológicos. Hegemonizado y gobernado por el partido comunista de Maurice Thorez. La parroquia está en el bulevar Stalingrad.

Hasta 1964, Madeleine Delbrêl, poeta, trabajadora social, mística, vivía en el número 11 de la Rue Raspail, a pocos metros de la plaza principal. Con ella una o dos compañeras, después hasta veinte. El grupo se llamaba Charité de Jesus. Estaba formado por laicas sin vínculo institucional cuya misión era estar en la calle, junto con la gente que sufría y abrir a cualquiera su propia casa. Sin orden, sin jerarquía. Solo Madeleine.

Si alguien pasea por el centro de París, frente a la Iglesia de Saint Sulpice, está la librería católica La Procure. Hay todo lo que un laico o un católico podría desear leer. Docenas y docenas de volúmenes de y sobre Madeleine: sus escritos, sus poemas, sus confutaciones filosóficas y muchas biografías, porque muchos han sido seducidos por la figura de una mujer que vivía en las trincheras".
Empiece con esto, "Villas

Había llegado a esa ciudad habitada por la clase obrera y el marxismo en 1933, cuando había elegido "ser voluntariamente de Dios tanto como una criatura humana puede pertenecer al que ama". Y luchar en el frente de la pobreza, las condiciones laborales, el trabajo y la explotación. Contra la pobreza, sus aliados eran los comunistas. Contra el marxismo lideró una lucha estrecha en nombre del cristianismo y de Dios. Sin odiar a quienes lo apoyaron, de hecho con colaboración y amistad "Jesús nos dijo que amemos a todos nuestros hermanos y hermanas. Pero no dijo 'excepto los comunistas'".

Madeleine era de una familia burguesa y abiertamente atea. Escribió poemas nihilistas y enfadados "Dios está muerto, viva la muerte". Luego vino la conversión. Violenta. Así es como ella mismo lo define: "conversión violenta". Cómo sucede, por qué, no se sabe. Tampoco ella, que escribe mucho y analiza todo, sabe encontrar una explicación. Se enamora de Dios. No lo busca. Es Dios quien la encuentra y ya nunca la abandona, dice.

El resto de su vida viene con la naturalidad con la que un río encuentra su cauce y continúa fluyendo tranquilo o impetuosamente según los momentos y lugares.

marxistas, tierras de misión", su autobiografía. Es un libro maravilloso, me dice la amable señora a la que le pedí información. El entusiasmo me contagia. Tomo el libro y decido buscar los lugares de Madeleine. ¿Por qué? No sé. En el número 11 de Rue Raspail la casa aún está ahí, una puerta pequeña, las ventanas verdes cerradas. Ya no vive nadie. Hasta hace poco estaba Susanne Perrin que había

compartido con Madeleine los años del compromiso social y cristiano. Junto a la puerta una valla y detrás un patio grande y abandonado. Lo abrí y vi una familia gitana que preparaba la comida. Habían sido alojados en esa parte de la casa que era de Madeleine quizá en recuerdo de su actividad entre los últimos y a la espera de que la casa fuera reestructurada. Porque el ayuntamiento de Ivry pretende restituirla al recuerdo público.

La tumba de Madeleine se encuentra en el cementerio, un gran cuadrado, en el centro de la ciudad, rodeado de edificios de altura de donde salen voces, canciones y ruidos caseros. Es difícil encontrarla. Está cubierto de hojas, no hay flores, solo una planta medio seca y un pequeño crucifijo en el que alguien ha colocado un rosario hecho con un hilo rosa. Después su nombre. Se puede solo poner la mano y acariciar la lápida.



Cuando sale su libro *Ciudad marxista, tierra de misión*, Madeleine se lo entrega al vicecalde de Ivry de quien era fiel colaboradora. Para entender cómo luchó Madeleine y en qué frontera se encontraba, vale la pena leer su dedicatoria al vicecalde de Ivry y la respuesta del comunista.

“Para Venise Gosnat, de quien he sido una mal alumno en el marxismo, pero del cual también soy una amiga fiel, respetuosa de su bondad y de su generosidad concreta, ofrezco este libro de todo corazón, segura de que si no lo aprueba, lo comprenderá”.

Responde Venise Gosnat:

“Después de que el marxista, que soy yo, ha expresado la razón principal del profundo desacuerdo existente sobre la cuestión social con la cristiana que tú eres, el amigo quiere decir ahora que tú no te equivocas y asegurarte que yo te entenderé... Con tu innegable talento nos has metido en un buen lío: pero en lo que se refiere a nuestra amistad estoy seguro de que tú estás tranquila como lo estoy yo. Se te ha dado la fuerza de hablar a todos de parte de Dios. Conscientemente fiel a mi partido comunista y a su política, yo formo parte de los cuadros locales de la red marxista. Cada uno de nosotros continuará a proclamar la propia certeza pero el profesor no olvidará las cualidades de corazón y la delicadeza de su mala alumna en marxismo”.

Se puede estar en un frente y no odiar a tu enemigo, más bien estimarlo y ser estimada. Podemos luchar juntos contra un enemigo común. Esto enseña Madeleine en su vida de fronteriza. Partidaria de la participación más amplia de los laicos en la Iglesia, murió repentinamente en su mesa de trabajo el 13 de febrero de 1964, el mismo día en que, por primera vez, un laico había tomado la palabra durante el Vaticano II. Miles llegaron a su funeral organizado por el municipio con banderas rojas para darle la última despedida.



En junio de 1963, mi madre me hizo ver el funeral del Papa Juan XXIII en la televisión porque, dijo, “él ha sido bueno con los judíos”. Aprendí que el Papa vivía en Italia (lo que para mí significaba spaghetti), que era aclamado por la multitud y que era bueno con los judíos. Le dije a mi madre que quería ser Papa. Ella respondió: “No puedes”. “¿Por qué no?”, le pregunté. Me respondió: “Porque no eres italiana”.

Ese mismo año una niña me dijo: “Has asesinado a nuestro Señor”.



TESTIMONIO

Yo, judía, enseño Nuevo Testamento (que es historia judía)

de AMY-JILL LEVINE

“No es verdad”, respondí. Si se mata a alguien, se debería saber.

“Sí, lo has hecho”, dijo. “Lo ha dicho nuestro cura”.

Estaba convencida de que el sacerdote llevaba un collar especial y que, por lo tanto, si hubiera mentido, el collar lo habría asfixiado (mirando hacia atrás, me parece una buena idea). Por lo tanto, yo debía, seguro, ser responsable de la muerte de Dios. Cuando llegué a casa llorando, mi madre me aseguró que el sacerdote estaba equivocado y que yo no había matado a nadie (en 1965, Nostra Aetate convalidó las enseñanzas de mi madre).

Mis padres me dijeron que los cristianos y los judíos adoran al mismo Dios. Leemos los mismos libros, como el Génesis y los Salmos. Amamos a nuestro prójimo, como nos impone Levítico 19. También me dijeron que los cristianos hablan de un hombre judío llamado Jesús. ¿Cómo podría un sacerdote, que

debería saber todo esto, acusarme de deicidio?

Decidida a corregir esta enseñanza antijudía, pedí seguir el catecismo de la Iglesia católica. (Al principio pensé que el sacerdote había cometido un error de traducción. En la sinagoga estaba aprendiendo hebreo y sabía qué errores podían ocurrir. Entonces nadie me dijo que el Nuevo Testamento está escrito en griego). Mis sabios padres estuvieron de acuerdo. “Mientras recuerdes quién eres —dijeron— ve y aprende. Es bueno

conocer la religión de nuestros vecinos”.

Me encantaban esas clases (probablemente era la única entre los niños). Las historias me recordaban historias escuchadas en la sinagoga. El niño Jesús casi fue asesinado, como el niño Moisés. Jesús cuenta parábolas y cura a las personas, como otros judíos en la historia judía.

Más tarde, leyendo el Nuevo Testamento, entendí dos cosas. En primer lugar, mis amigos

católicos sabían lo que decían los Evangelios, pero me querían. Entonces me di cuenta de que nosotros elegimos cómo leer. En segundo lugar, entendí que el Nuevo Testamento es historia judía.

Hoy enseño a estudiantes que se preparan para ser sacerdotes y profesores de religión. En la primavera de 2019, me convertí en la primera judía que impartía un curso de Nuevo Testamento en el Pontificio Instituto Bíblico. En el mismo periodo, Marc Brettler y yo presentamos al Papa el volumen que editamos: *The Jewish Annotated New Testament*.

Ayudar a los cristianos a leer el Nuevo Testamento sin estereotipos falsos contra los judíos y mostrar a los judíos cómo el Nuevo Testamento forma parte de nuestra historia es una vocación y una alegría. No rindo culto a Jesús, pero sigo encontrando fascinantes e inspiradoras las historias que contó y las que le conciernen.

Annalena, capaz de atravesar todo confín

DE ELENA BUIA RUTT

Elegante en su andar, esbelta, de carácter tímido, con ojos tan claros como para reflejar su alma suspendida entre la tierra y el cielo: Annalena Tonelli no ha fundado movimientos, ni órdenes religiosas, no ha construido iglesias ni santuarios. Hizo realidad su sueño con determinación y tenacidad, para dedicarse a los últimos de la Tierra. Mujer de frontera, capaz de cruzar todo tipo de fronteras físicas, religiosas y culturales, ha sido definida como la 'madre Teresa' de Somalia por sus treinta y cuatro años de servicio incansable, dado a los pobres y enfermos en África. Mujer incansable, repetidamente agredida, secuestrada, amenazada, pero siempre lista para comenzar de nuevo. El suyo era un "evangelio de hechos", de obras, hospitales, escuelas: un evangelio de actos diarios y extraordinarios: "El diálogo con otras religiones es esto —subrayó— es compartir. Casi no hay necesidad de palabras. El diálogo es vida vivida, yo, al menos, lo vivo así: sin palabras".

Nacida en Forlì en 1943, después de licenciarse en derecho para complacer a sus padres, Annalena Tonelli comenzó a estudiar medicina por la noche, porque su deseo ardiente era irse en misión: "Elegí estar para otros: los pobres, los que sufren, los abandonados, los no amados, que yo



La 'madre Teresa' de Somalia vivió con las tribus nómadas musulmanas del desierto

era una niña y así ha sido y confío en seguir siéndolo hasta el final de mi vida. Solo quería seguir a Jesucristo. Nada me interesaba tanto: Él y los pobres en Él. Por Él tomé la decisión de la pobreza radical... incluso pobre como un verdadero pobre,

los pobres con los que mi día está lleno, yo nunca podré serlo".

En 1970, con veintisiete años, eligió Waijir, una aldea desolada en el desierto del noreste de Kenia, donde, entre las tribus nómadas estrictamente musulmanas, Annalena enseña a los niños y cuida a los enfermos, lucha contra la tuberculosis, el SIDA, el analfabetismo, la ceguera y la mutilación femenina; mujer joven, blanca, cristiana, soltera, Annalena lucha contra los prejuicios.

Expulsada de Kenia por haber logrado documentar fotográficamente la masacre de una tribu perpetrada por el ejército del gobierno, regresó a Italia y se retiró a las ermitas de Umbría y Toscana.

Un año después está de nuevo en África, esta vez en Somalia, en Borama, donde funda un hospital con 250 camas para los tuberculosos y los enfermos de SIDA, además de una escuela para niños sordos y discapacitados. Los poderosos locales decidieron matarla, pero sus enfermos desfilaron delante del jefe del pueblo pidiéndole que le salvara la vida. El 15 de octubre de 2003, a la salida de su hospital, fue asesinada de un disparo en la nuca. Annalena Tonelli, 60 años, treinta y cuatro pasados en África, fue enterrada en Waijir, como era su deseo: todavía hoy, los nómadas del desierto cuentan su historia.

ESTE MES | LIBROS

DE RITANNA ARMENI

Mujeres, Biblia y libertad

En 1898 se publicó la *Woman's Bible*. Por primera vez, un grupo de teólogas comentó el texto sagrado desde el punto de vista de las mujeres. Un escándalo. Fue boicoteada y censurada por la Sociedad Bíblica y también por asociaciones feministas. No se podía aceptar que se cuestionaran fundamentos del texto sagrado. Era obvio. Fue inesperado el éxito del libro que se convirtió en un best seller.

La Biblia pesa. La vida de las mujeres durante milenios ha estado condicionada por los versículos de la primera carta a Timoteo. "Que las mujeres escuchen la instrucción en silencio, con

todo respeto. No permito que ellas enseñen, ni que pretendan imponer su autoridad sobre el marido: al contrario, que permanezcan calladas". ¿Comenzó ahí la historia de marginación de la mitad de la humanidad? ¿Las Sagradas Escrituras quieren relegar a las mujeres a una condición de esclavitud, silencio, sacrificio? ¿O esta es la lectura que han hecho los hombres influidos por las condiciones sociales y culturales en las que fue leída y comentada?

Hoy veinte teólogas (más una), católicas y protestantes, han repetido la operación de 1898. Han propuesto una lectura femenina en un volumen pu-

blicado por Piemme, una nueva Biblia para mujeres. Pasión teológica contra los estereotipos patriarcales con los que se ha leído durante siglos que descubre el potencial de liberación presente en el texto sagrado.

Quien lee *La Biblia de las mujeres* encontrará un vuelco de la imagen masculina de Dios "anciano con la barba amoroso y simpático" y el descubrimiento en la tradición mística judía de los caracteres maternos y femeninos. Descubrirá cómo el principal atributo de Dios, la sabiduría, es siempre femenina y asume "los rasgos de una hermana, una madre, una bienamada, una restauradora

hospitalaria, una liberadora, una pacificadora".

Encontrará una lectura contracorriente y liberadora de las figuras de Marta y María, unidas en la búsqueda del propio camino de libertad hacia el que Jesús las anima. Le encantará el análisis de la belleza femenina y de la cultura estética en los textos sagrados. Textos revolucionarios, sobre el cuerpo, la maternidad, la esterilidad. Y muchas figuras femeninas Marta, María, Ruth, Magdalena, Sara, Rebeca.

¿La conclusión? La Biblia puede ser un libro liberador para las mujeres. Debe ser redescubierta, leída, estudiada y profundizada con ojos y sabiduría femenina.

María en la frontera entre Dios y la humanidad

DE SIMONA SEGOLONI RUTA. Teóloga, profesora de Teología trinitaria, Ecclesiología y Mariología en el Instituto Teológico de Asís

Para sumergirse en la experiencia de María, debemos abandonar el olor rancio de lo que nos parece conocido, para movernos hasta el confín de nuestro sentir y captar la extraordinaria provocación de la mujer de Nazaret. Mirándola se muestra una dirección que conduce a otra parte, porque ella parpadea desde el umbral de otro lugar.

La vemos muy joven, unida a José pero sin haber entrado en su casa, enfrentando la llamada de Dios, no solo por un nacimiento extraordinario (la Escritura está llena de estas situaciones), sino por una auténtica alianza (Lucas 1, 26-38). Entonces ella, como Moisés, se encuentra en la frontera entre Dios y el pueblo, en la cima de un nuevo Monte Sinaí, y se le pide que haga un pacto con Dios que quiere visitar a su pueblo. Mantiene así firmemente la primera frontera, la que existe entre Dios y la humanidad, acogiendo su don y dejando que las fronteras problemáticas del pueblo se beneficien con su presencia.

Lucas nos la presenta de inmediato viajando para ir a ver el signo que le es dado: el embarazo de Isabel (1, 29-45). María se empuja a otra frontera, porque después de haberse adherido al plan de Dios con total autonomía y haber concebido al Mesías de Israel, sale de viaje sola para contemplar y comprender lo que le está sucediendo. La frontera por la que camina es la de la libertad y la independencia que las mujeres de su época (y en gran parte también hoy) no conocían. No parece estar sujeta a la autoridad paterna, ni a la de su esposo: dispone de sí misma, de su cuerpo, de su tiempo. Su virginidad –pérdida que en aquella época se volvía propiedad de aquel que la había “roto”–, es el signo no de la pureza, sino de la falta de disponibilidad de la persona: esta mujer no tiene amos y dirige a todas las mujeres (vírgenes o no) a mirar hacia la frontera de la libertad y la emancipación, libre de toda sumisión.

Juan nos describe a María que, después del signo en Caná de Galilea, se encuentra siguiendo a Jesús (2,1-12). Nos la presente mientras baja a Cafarnaún detrás de aquel que era el hijo y ahora es maestro, en fila

con los discípulos que han creído en él gracias a lo que ella le ha pedido que haga. Seguirle conduce a regiones inexploradas, donde el privilegio de la maternidad es abandonado para vivir de la escucha de la Palabra y así compartir con todos los que se hacen dóciles a la Palabra la intimidad con Jesús. Él lo dirá expresamente a la mujer que se alza entre la multitud y alaba a aquella que lo ha llevado en el vientre y amamantado: Felices más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la practican (Lucas 11,27-28). María, protagonista de una maternidad extraordinaria que podía hacerla exaltar por el rol único que le había tocado, vive sin embargo en la frontera del discipulado, arraigada solamente, como todo, en la docilidad a la palabra.

Tal será la intensidad de su camino que se convertirá, en medio de los testigos, en la que creyó primero, la testigo autorizada de lo que sucedió desde el principio. Esta excelente testigo se confía a los discípulos para que aprendan la fe y sigan su camino: de hecho, ella no huye de la cruz, bebiendo hasta el final el cáliz que Jesús mismo debe beber (Juan 19, 25-27). Y así, una discípula perfecta en la hora de la gloria como en la hora de la muerte, puede participar en la obra del Espíritu que da a luz a la Iglesia a partir del testimonio de aquellos que habían vivido con Jesús y que involucran en su fe y en su familia a todos

aquellos que quieren reconocerlo como Señor (Hechos de los Apóstoles 1-2). La frontera del testigo, que María comparte con otros testigos en el primer día de la Iglesia contada en Hechos, es aquella en la que la Iglesia vive, llegando a los que no conocen el Evangelio o que de alguna manera están cansados y oprimidos.

Estas son las palabras proféticas que María pronuncia en el *Magnificat* levantándose en el frente a lo largo del cual se levantan todos los que luchan contra el mal (Lucas 1, 66-79). La mujer de Nazaret

proclama un cambio de destino: los que oprimen y hacen pasar hambre serán derrocados, mientras que los que sufren y tienen hambre serán

liberados. En la frontera del Reino anuncia su inminente advenimiento, que Jesús habría logrado: los pobres pueden

regocijarse, los demás convertirse. Hermosa y terrible como un ejército alineado en una batalla, el pueblo cristiano la ve victoriosa contra el mal: el pecado no la toca, la muerte no puede vencerla. La última frontera de todas, el horror del mal y el enemigo de la muerte, la considera una promesa de esperanza para todos y cada uno. Y como en la antigüedad, las mujeres enfrentaban el parto acompañadas por una mujer más experimentada (Apocalipsis 12,1-6), así el trabajo de cada creyente que lucha contra el mal de la vida, la ve como una compañera segura para mostrar la meta del camino del cual cada frontera es signo: la plenitud de la vida y el amor.



Virgen de la torre de los Frisoni (1370-1380) Artista anónimo de Colonia Museo Schnütgen, Colonia



“Nos llaman las mariposas de Guadalupe, lanzamos comida para los inmigrantes aferrados en los trenes”

Las Patronas sales al rescate de los migrantes que sueñan con llegar a Estados Unidos

DE LUCIA CAPUZZI

En Córdoba, Veracruz / las bellas patronas / valientes mariposas / dan luz al migrante”, dice el corrido (canción popular) uno de los muchos dedicados a las “valientes mariposas” de Guadalupe o La Patrona, un pequeño pueblo de 3.000 habitantes en el municipio de Amatlán de los Reyes, a noventa kilómetros del puerto de Veracruz. Allí, rodeado de campos de caña de azúcar y café, está la casa, grande y espartana, de la familia Romero. Y la cocina con ladrillos a la vista, la larga mesa de madera, las ollas oscuras y la imagen de la Virgen de Guadalupe –la Patrona, de la cual la comunidad toma su nombre– donde, hace veinticinco años, Leónida Vázquez, sus cuatro hijas y siete –entre nietos y vecinos–, comenzaron a preparar raciones de comida para los migrantes que huyen

de la violencia y la miseria de América Central a lomos de La Bestia. Así es como se conoce en México al maltrecho tren de carga que cruza el país de sur a norte hasta la frontera con los Estados Unidos. Los conductores de trenes y las autoridades hacen la vista gorda a cambio de un soborno. Y así, los centroamericanos avanzan hacia una yincana infinita de al menos un par de semanas. No hay una ruta directa desde Chiapas a Río Bravo. Las diversas locomotoras se alternan en la telaraña de las vías en viajes de diez a doce horas, intercaladas con descansos de dos, tres, incluso siete días, en los que los migrantes se convierten en el botín de los grupos criminales que controlan el territorio. Pocos logran ahorrar unos centavos para comida y agua. El hambre y la sed son compañeros de viaje opresivos en el calvario hacia Estados Unidos.

El 7 de febrero de 1995, un grupo de migrantes exhaustos, que esperaban retomar el viaje se encontraron con las hermanas Romero. Rosa y Bernarda regresaban de la tienda con una bolsa llena de pan y leche. Apilados en las vías, había cientos de seres humanos, andrajosos, hambrientos. Tres jóvenes levantaron la vista. Sus ojos se encontraron con los de las dos mujeres. “Por favor, dadnos algo, no hemos comido en días”. Rosa y Bernarda regresaron a casa sin pan ni leche y con profunda angustia. Inmediatamente se lo contaron a su familia. “Habéis hecho bien hijas mías, habéis hecho bien –susurró la madre Leónida al abrazarlas– La Virgen de Guadalupe estará feliz, pero debemos hacer más”.

“Los llaman moscas porque viajan en el tren como insectos. Pero no son moscas. Son seres humanos”, dice Norma Romero, también hija de Leónida y la más cono-

VENEZUELA

“Mi familia paga caro la cercanía a los pobres de Caracas”

DE FEDERICA RE DAVID

Todos los días, Janeth Márquez, directora de Cáritas Venezuela, sale de la casa y trata de amortiguar las heridas de un país devastado por el hambre, el saqueo y la violencia.

Janeth trabaja mano a mano con José Trinidad Fernández, obispo auxiliar de Caracas y secretario de la Conferencia Episcopal Venezolana, que subraya: “Las mujeres siempre son importantes en la Iglesia, son el corazón del amor de Dios.

Porque el amor manifiesta el sentido materno que Dios tiene hacia todos los seres humanos, la forma en que Dios es madre”. Janeth está allí, haciéndose eco: “Como dice el Evangelio, son precisamente dos mujeres las que llegan al Sepulcro para asistir a la Resurrección de Cristo. El 80% de las personas que trabajan en Cáritas Venezuela son mujeres; y hablando también de gramática, la Cáritas es femenina, no es el Cáritas”.

Ambos recuerdan el cuadro de Rembrandt ‘El regreso del

hijo pródigo’, que está en el Prado. “En ese abrazo hay dos rostros de Dios, el paterno y el materno: una mano fuerte, que es el apoyo del hombre, y la mano de una mujer, que es la caricia de Dios. Esta es la Iglesia: una mano fuerte, que no nos deja en el mal, y el amor, la ternura del Señor, que nos da una oportunidad para ser mejores. Cáritas es este rostro materno”.

Janeth Márquez, de 55 años, está casada con Bartolo Solér, entrenador de fútbol infantil. Tiene dos hijos: “Gabriel, de 29

años, y Santiago, de 26. Tuvieron que abandonar el país por mi trabajo, estaban en peligro. Viven en Chile, porque aquellos que quieren hacer el bien aquí no son aceptados sino perseguidos. Hace dos años que no les vemos, pero de alguna manera están cerca de mí: ambos trabajan en Cáritas Chile”.

El verano pasado, Janeth ganó el Premio Humanitario de Interaction, una red mundial de 180 ONG. “Ella es nuestra embajadora en el mundo”, sentencia el obispo Fernández.

cida de las doce mariposas que doman a la Bestia. “Solo soy una mujer campesina. Dios me ha dado una familia, un trabajo en los campos gracias al cual puedo tener comida sin verme obligada a emigrar. Y muchos hijos además de mi Jafet”. Norma dice que así considera a los miles y miles que ha dado comida y agua en el último cuarto de siglo. “No todos los maquinistas reducen la velocidad cuando nos ven. Tienes que lanzar la bolsa lo más rápido posible y tener ya preparada la otra... Un noche, había sido muy lenta. Y un joven no había logrado cogerlo. Además, perdió el equilibrio al inclinarse. Dos compañeros lo agarraron cada uno por un hombro. El chico, joven y con la piel oscura, se quedó en equilibrio no sé cuánto tiempo, con el cuerpo y los brazos extendidos, como Jesús en la Cruz. Entonces, entendí: el Señor estaba realmente en ese físico postrado, rechazado por todos. Me dije: “Virgen de Guadalupe, de ahora en adelante sabré reconocer a tu Hijo en el cuerpo de los inmigrantes”. Es la certeza de servir a Jesús, lo que empuja a Norma y a las otras patronas todos los días, como las han rebautizado, a cargar raciones de arroz, frijoles, tortillas y botellas de agua en mochilas y bolsas. Desde hace diez años, además de distribuir alimentos, han abierto un pequeño refugio para aquellos que desean refrescarse antes de continuar el viaje. “Ponemos lo que podemos. La Providencia piensa en el resto. No tenemos contribuciones fijas, ni siquiera somos una asociación: tan solo recibimos ofrendas de aquellos que quieren ayudarnos. Seguimos adelante. ¿Hasta cuándo? Hasta que quiera la Virgen de Guadalupe”.



Martina Zavagli en Mozambique y las estufas económicas del AVSI



“En las cocinas y las escuelas buscamos salvar a los niños”

MOZAMBIQUE

Martina Zavagli es coordina la acción humanitaria de una ong italiana en los barrios pobres de Maputo

DE ELISA CALESSI

En Mozambique las emergencias son la norma. Este inmenso país del África suroriental, 800 mil kilómetros de extensión para casi 30 millones de personas, hace frente al hambre, la pobreza, el asalto de los yihadistas en el norte (desde octubre de 2017 el errorismo ha causado entre 350 y 700 muertos y 150.000 desplazados), los efectos devastadores de los ciclones y el covid-19.

Es en este contexto que vive y trabaja Martina Zavagli, de 36 años, madre desde hace cinco meses. Su pequeña nació en Mozambique. Ella, nacida en Imola, llegó a principios de abril de 2017. “En realidad estoy en África desde 2011, casi tres años en Sudán y dos años en Ruanda”, cuenta. Vive en Maputo, la capital de Mozambique, y coordina los proyectos de la ong italiana AVSI, que son 15 y conciernen a las provincias de Maputo, Cabo Delgado y Zambezia. El 46,7% de la población vive por debajo del umbral de pobreza. Una de cada dos personas vive con menos de medio dólar por día. Como si eso no fuera suficiente, uno de cada cuatro niños es víctima del trabajo infantil.

AVSI ha estado presente en el país desde 2010. “Estamos comprometidos —dice Martina— en tres sectores: educación, medio ambiente, agricultura. En lo que respecta a los primeros, seguimos todo el camino educativo del niño, desde la guardería hasta la primaria, secundaria y la universidad”. Un trabajo que comienza desde las paredes para llegar a los libros: “Renovamos las escuelas, damos clases a los maestros y proporcionamos material escolar. Acompañamos a más de 20.000 niños”. El primer “problema”

a abordar es la gran cantidad de niños. “Cada escuela —explica— está superpoblada”. La escuela primaria, por decirlo, tiene clases formadas por unos cincuenta alumnos y para garantizar la posibilidad de asistir las clases, se realizan turnos.

El otro área de intervención es el medio ambiente y la energía. “En los barrios pobres ofrecemos la venta de cocinas mejoradas”. Es decir, cocinas eléctricas. De hecho, la mayoría de las familias cocinan con cocinas de carbón. “Las placas de cocción que intentamos difundir suponen un ahorro y reducen las emisiones de carbono, de esta manera reduce la contaminación y mejora la salud, especialmente de las madres y los niños pequeños”.

Y luego está la agricultura, uno de los pocos sectores que da trabajo. El año pasado, dos huracanes, uno en la zona central del país y el otro en el norte destruyeron parte del país. “Muchas familias se encontraron con casas destruidas y con las cosechas perdidas. Desde entonces hemos decidido ocuparnos de ello. Comenzamos a trabajar con los agricultores a fin de mitigar los riesgos del cambio climático”. Los daños provocados por los ciclones todavía no han acabado. “Todavía muchas familias están desplazadas”.

Martina vive en Maputo con la familia. Ha conocido al que ahora es su marido en Sudán del Sur. Hace cinco meses tuvieron una niña. De estos años en África ha aprendido “a ser paciente, a entender que puede haber vidas muy diferentes a la mía, pero dignas de respeto, a no dar nada por supuesto, a respetar ritmos que son diferentes, a vivir, a apreciar las cosas sencillas: no hay necesidad de quién sabe qué para ser felices”.



Janeth Márquez es la directora de Cáritas Venezuela en plena crisis política y humanitaria



UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Campus en Salamanca y Madrid



Formación
de excelencia
a tu medida

DOBLES GRADOS

- ▶ Ingeniería Informática + ADE Tecnológico
- ▶ Marketing y Comunicación + Publicidad y RR.PP.
- ▶ Periodismo + Comunicación Audiovisual

GRADOS

- ▶ Ingeniería Informática
- ▶ ADE Tecnológico
- ▶ Marketing y Comunicación
- ▶ Comunicación Audiovisual
- ▶ Periodismo
- ▶ Publicidad y RR.PP.
- ▶ CC. de la Actividad Física y del Deporte
- ▶ Maestro en Educación Infantil
- ▶ Maestro en Educación Primaria
- ▶ Enfermería
- ▶ Logopedia
- ▶ Fisioterapia
- ▶ Psicología
- ▶ Seguros y Finanzas
- ▶ Filosofía
- ▶ Derecho Canónico
- ▶ Teología

POSGRADOS

Áreas temáticas:

Informática • Comunicación • Educación •
Salud • Psicología • CC. del Seguro, Jurídicas
y de la Empresa • CC. de la Familia • Teología

Abierta SOLICITUD DE PLAZA:

www.upsa.es • sie@upsa.es

*Consulta disponibilidad formación *online*

Síguenos en:

